

Yo nunca digo adiós

—O dio las despedidas —dijo Laura con más rabia que tristeza.

—¿Por qué?

—No lo sé. A veces siento que las despedidas ocurren en el mejor momento de la fiesta, cuando lo estás pasando bien, cuando la música aún está buena y cuando todavía tienes ganas de quedarte dos horas más bailando y riendo.

—¿De qué fiesta estás hablando?

—No lo sé, de cualquier fiesta... ¡de la vida!

Laura permaneció en silencio, luego sonrió y dijo:

—La única vez que me despedí feliz de alguien fue de un profesor de Matemáticas que mis papás contrataron y que durante cuatro meses hizo todo lo posible por convertirse en mi peor pesadilla numérica. Yo lo llamaba Nek, porque era exactamente lo opuesto al Ken de Barbie: enano, calvo, sudoroso y con las manos pecosas. El día en que terminaron las clases me despedí de él como te despides de la varicela, diciendo: «¡Al fin me libré de esta comezón infernal! ¡Hasta nunca, grano!».

Laura miró el reloj y se dio cuenta de que ya era la hora de partir.

Se abrazaron y, antes de que la garganta se le llenara de nudos, Laura dijo:

—¡Esta fiesta no ha terminado! Yo nunca digo adiós.

El detector

Laura siempre se había sentido orgullosa de su detector interno de tontos. Era su arma infalible para evitar cualquier contacto con las princesitas y con los supermanes de su clase. Era su escudo protector contra las que hablaban con las pestañas y los que caminaban como si llevaran dos sandías debajo de los brazos.

Laura tenía un nivel de tolerancia muy bajo con los chicos que se las daban de *dark* y con las chicas que se creían *pink*. No aguantaba las voces chillonas de ellas cuando se saludaban por la mañana en el salón de clases como si no se hubieran visto desde la Segunda Guerra Mundial. Y tampoco soportaba las conversaciones de ellos, en las que se lanzaban 27 ordinarieces y 15 palabrotas por minuto.

Ese detector de tontos, que ella había afinado como un músico a su violín, se activó un día, durante el recreo, cuando Laura vio a ese grandulón de cabello desordenado y vestido de negro, arrebatándole un vaso de yogur a un niño de primer año.

Entonces ella sintió que la sangre se le volvía espesa como la mostaza, que los ojos se le salían de las órbitas y que el corazón se le aceleraba como una locomotora. El niño tenía abierta su lonchera y entregaba tímidamente al villano lo que éste le exigía. El detector interno de tontos se encendió y obligó a Laura a entrar en acción. Sin pensarlo demasiado, avanzó y gritó:

—¿Qué crees que estás haciendo?!

Él la miró extrañado y respondió:

—¿Yo? Me tomo un yogur. ¿Y tú? ¿Acaso andas probando tus cuerdas vocales? Deja de gritar... relájate.

El grandulón retiró lentamente la lámina de aluminio del vasito, pasó su lengua por la superficie interna y miró a Laura con ojos desafiantes. Pero antes de que pudiera llevárselo a la boca, ella le dijo:

—¡No se te ocurra tomártelo o te va a pesar!

Él rió y contestó con ironía:

—¿Ah, sí? Me muero del miedo, mira cómo tiemblo.

Con la paciencia caducada, Laura se acercó con rapidez, le arrebató el vaso de las manos, se impulsó y, apuntando como si fuera a disparar un penalti, se lo lanzó en plena cara. Tan bien apuntó que los 140 mililitros de yogur de fresa «con trocitos de fruta, calcio y vitamina C» le cubrieron buena parte del rostro, orejas y cabello.



El tiempo pareció detenerse. El griterío del patio se convirtió en silencio. Las miradas del resto, como abejas, se clavaron en los rostros de Laura y del grandulón. Hasta los pájaros en las ramas de los árboles miraban asustados la escena.

Tres segundos más tarde, se escuchó el llanto agudo y bullicioso de un niño. Era el pequeño de primer año que, restregándose los ojos, gritó tartamudeando:

—¿Ppp... por qué le echas el yo... yogur en la cara a mi he... hermano? ¡Tonta!



Laura



Laura era la segunda de tres hermanos. Eso no tendría por qué ser algo extraño o excepcional; a alguien tiene que tocarle ese lugar que queda justo entre el primero y el tercero, ¿no? Sin embargo, Laura pertenecía a esas familias en que el verbo *comparar* se conjuga con más frecuencia que los otros. Y si se comparaba a Laura con Pedro, su hermano mayor, o con Grillo, el menor, el resultado no siempre le favorecía. Pedro era más ordenado, más obediente y mejor estudiante que ella; y Grillo (que en realidad se llamaba Guillermo) poseía la asombrosa virtud de ser «el pequeño», y con eso tenía casi todas las batallas ganadas. Ser el pequeño era una especie de salvoconducto que le permitía hacer cualquier barbaridad con la certeza de que no sería castigado como lo merecía. Podía escupir la comida, podía poner un sapo debajo de la almohada, podía eructar las vocales, podía pegarle un chicle en el pelo a Laura... ¡Y, mágicamente, todo eso se convertía en «una divertida travesura del pequeño de la casa»!

Si a Grillo se le ocurría cortarle un mechón de pelo a Laura mientras dormía, y al descubrir la patraña ella le daba un pellizcón, su madre la regañaba con el discurso eterno de: «Pero, hija, ¿acaso no te das cuenta de que COMPARADO contigo, tu hermanito es pequeño?». Y si Grillo metía la cámara de fotos en la lavadora de ropa, el sermón comenzaba con: «¡Cómo es posible que no estés atenta a lo que hace tu hermanito pequeño! ¡En COMPARACIÓN con él, tú ya eres una niña grande y tienes que ser más responsable!».

Si un día a Grillo se le ocurriera vender a Laura, por Internet, a una extraña tribu caníbal de África por la módica suma de 25 dólares para que hiciesen con ella una sopa de adolescente, ¡seguramente sus padres opinarían que la culpable era ella, por no estar atenta a las divertidas travesuras caníbales de su hermanito menor!

Esos 32 centímetros y 7 años que la separaban de Grillo curiosamente lo convertían a él en un poderoso león y a ella en una hormiguita obrera.

Ser el jamón del sándwich no resultaba nada agradable; ella se sentía aprisionada entre esas dos rebanadas de pan que eran sus hermanos.

Pedro, que tenía 3 años más que Laura, era un ejemplo en casi todo. Ejemplo de buen estudiante. Ejemplo de deportista. Ejemplo de obediencia. Ejemplo de guapo. Y ejemplo de chismoso.

En su cuarto había un corcho con todas las medallas redondas y doradas que había ganado en el colegio: Concurso de Física, Olimpiadas Internas, Primer Lugar en el Campeonato de Fútbol, Medalla de Ajedrez, Mejor Estudiante de la Primaria, Vocabulary Contest, Medalla al Mejor Proyecto de Ciencias e incluso el vergonzoso premio «Mejor Gusano del Año». En realidad, la medalla no decía eso, sino Mejor Proyecto de Jóvenes Microempresarios, pero Laura la había rebautizado de esa forma para reírse de su hermano. Pedro se la había ganado cuando desarrolló un proyecto de lombricultura que consistía en transformar desechos orgánicos en humus, a través de la cría masiva de lombrices. El trabajo fue tan exitoso que lo catapultó a un concurso intercolegial, que también ganó. El problema fue que se le pasó la mano y crió tantas lombrices que se convirtieron en una plaga para el colegio. ¡Y aparecían por todas partes! En los patios, en los laboratorios, en los baños, en las aulas... ¡hasta en los zapatos del inspector García, que tenían tanta tierra que él habría podido tener ahí su propia planta de papas!

Pero, salvando ese incidente tan *gusanoso*, Pedro siempre se destacaba positivamente en todo. Ahí era donde las comparaciones se volvían odiosas, porque Laura no era la mejor en nada y eso a sus padres los traía de cabeza.